

SARAJEVO: 1914



El archiduque Francisco Fernando, encarnación del yugo de los Habsburgo ante los serbios.

Ningún proyecto habría sido tan del agrado de Sofía Chotek, duquesa de Hohenberg, como el de viajar a Sarajevo, capital de Bosnia, en compañía de su más que illustre cónyuge, el archiduque Francisco Fernando. Era éste sobrino y futuro heredero del Emperador de Austria, Francisco José, Rey apostólico de Hungría, Rey, archiduque, gran duque, conde y qué sé yo qué más en una cadena de blasones que culminaba en la titularidad del trono de Jerusalén.

Y, sin embargo, la esposa de Francisco Fernando sufría. Pertenecía a la rancia aristocracia bohemía, pero al no ser persona real o imperial, no podía compartir el rango de su marido. Su matrimonio era morganático y esto había dado lugar, en primer lugar, a que el propio Emperador Francisco José no dejara de verlo con malos ojos; en segundo lugar, a que sus hijos fuesen desheredados y, en tercer lugar, a no pocas vejaciones cortesanas. De hecho, en las grandes ceremonias —y el Imperio no era parco en grandes ceremonias—, Sofía Chotek había de ceder su lugar a las jóvenes archiduquesas, que lo festejaban con grande hilaridad. Francisco Fernando lamentaba amargamente tales humillaciones y unía su sufrimiento al de su esposa.

Pero aquel viaje no tenía nada de cortesano. Se trataba de una visita de carácter militar, pues Francisco Fernando sólo acudiría a Sarajevo para presenciar las maniobras de verano en calidad de inspector general del Ejército austro-húngaro, encar-

nación del poder de los Habsburgo. Con el protocolo aminorado por tales circunstancias, Sofía podría estar al lado de su marido en todas y cada una de las ceremonias que tuvieran lugar en su agasajo. La fecha de la visita: 28 de junio de 1914.

Las coincidencias

Sobre tal fecha no dejaban de gravitar ciertos signos, ciertas corrientes subterráneas de significado probablemente premonitorio.

Por un lado, para ambos visitantes la fecha resultaba particularmente grata: el 28 de junio de 1900 habían contraído matrimonio, y nada les seducía tanto como un aniversario distante del encorsetamiento vienés. Para los serbios tenía otro sentido.

Los serbios celebran la festividad de su patrón, San Vitus, el 28 de junio. Pero de poco les había servido tal patronazgo el mismo día de su onomástica del año 1389, en que Serbia vio a su último Ejército caer destrozado frente al empuje de los turcos otomanos en el campo de Kosovo. La venganza exigió siglos de espera, hasta el otoño de 1912, en que las tropas de la nueva Serbia derrotaron a los turcos en la batalla de Kumanovo, desbarazándose de su férula para dar en la de los Habsburgo. No parece que los consejeros áulicos del archiduque tuvieran en cuenta tal detalle cronológico, ni su incidencia en la conciencia de los serbios. El caso es que en la fecha prevista, el archiduque y su esposa partieron hacia la cita concertada por nadie sabe quién (quedó bastante claro que ni la Mano Negra ni su jefe, «Apis» —el coronel Dimitrijevic—, tuvieron nada que ver en el asunto) con Gavrilo Princip, un joven nacionalista serbio, nacido en Bosnia y rechazado por las guerrillas cuando, en 1912, pretendió alistarse contra los turcos. Princip perseguía un ideal no muy singular en aquellos tiempos: la unión de todos los eslavos del Sur. Su espíritu, a caballo del anarquismo y el socialismo, pretendía la constitución de una *Joven Bosnia* similar a la *Joven Italia* de Mazzini.

La conspiración

Al parecer, Princip jamás tuvo contacto directo con ninguna de las sociedades secretas activistas que trabajaban en aquellos momentos. A lo más que llegó fue a hablar con Tankovic, jefe de los

guerrilleros que operaban en Macedonia, quien, en un gesto probablemente rutinario, entregó a Princip media docena de bombas y algunos revólveres, tras rechazar su participación en la guerrilla.

El joven serbio recibió en Belgrado el recorte de un periódico remitido por un amigo desde Sarajevo, en el que se anunciaba la próxima visita del archiduque. No esperó más: reunió a dos de sus amigos y junto a tres compañeros, proporcionados quizá por Tankovic, comenzó a pergeñar un plan que diera sentido al arsenal que ocultaba.

Alguna información se filtró y el Gobierno de Serbia supo del

paso de algunos hombres con armas por la frontera de Bosnia. «Apis», jefe de la Mano Negra, fue instruido en el sentido de que impidiera cualquier preparativo hostil contra el archiduque, pero nada pudo hacer al no pertenecer Princip a la organización que comandaba. Viena sólo pudo ser advertida con insinuaciones veladas y sin ningún dato en concreto. Así fue que aquel 28 de junio sólo ciento veinte policías custodiaban el orden en una ciudad de cincuenta mil habitantes. El Ejército ni siquiera juzgó necesario cubrir la carrera del que viajaba con el prestigio de los Habsburgo como única protección (A. J. P. Taylor).

Gavrilo Princip es conducido a la prisión, en la que morirá de indignicia.





Inhibiciones en cadena y un primer fracaso

El día no podía ser más hermoso... El cielo se había despejado, adquiriendo ese color azul tan peculiar de Bosnia, que da la impresión de ser el término medio entre el azul profundo del Adriático y el pálido, dulce y acariciador de los países nórdicos. Las calles permanecían en calma (...). Poco público en general, y ni la sombra de un agente del orden (...). El archiduque viste uniforme de generalísimo con todas sus condecoraciones, y en la cabeza luce un tricorno con penacho que le da aspecto de jefe que sabe hacerse obedecer. La duquesa lleva un vestido claro y un gran sombrero que, con toda seguridad, no fue confeccionado en Viena. (René Gourdiat, corresponsal de *Le Matin* en Sarajevo.)

A las nueve de la mañana los

seis conspiradores estaban en sus puestos; el archiduque, también. Sólo faltaron a la cita los guardias de seguridad vieneses: el coche que se suponía ocupado por ellos marchó vacío. Tras visitar los cuarteles, el archiduque emprendió, al frente de su comitiva, el paso por la ciudad, desfilando por los muelles.

El primer conjurado sintió tras de sí la presencia de un policía y se abstuvo de lanzar su bomba, esperando de los demás el aprovechamiento de una mejor oportunidad. El segundo se compadeció de la duquesa Sofía. El tercero, un tipógrafo, sirvió de apenas diecinueve años llamado Cabrinovic, no tuvo vacilación alguna. Acercándose a un policía preguntó: *¿Cuál es el coche de Su Majestad?* Al recibir contestación pertinente y precisa, no exenta de cortesía, arrojó la bomba sobre el coche en cuestión.

El artefacto, a pesar del acele-

rón dado por el chófer al observar la maniobra, cayó sobre la capota baja del coche, no sin que el detonador golpeará la nuca de la duquesa. El archiduque se levantó, tomó el objeto con ambas manos y lo lanzó por detrás al pavimento, donde explotó, hiriendo a una docena de personas. *Se trata de un loco. No interrumpamos el programa*, fueron las únicas palabras del visitante de Sarajevo.

Princip, en su puesto, vio cómo Cabrinovic era detenido. Su primer impulso fue disparar sobre él, para guardar así el secreto de la conjura. Le contuvo la barrera de policías. De manera que se sentó en un café y comenzó a darle vueltas al proyecto de su propio suicidio. El quinto conjurado era lo suficientemente corto de vista como para no distinguir la figura del archiduque. El sexto fue presa de la confusión y abandonó el intento.

Los caminos vecinales del destino

En la municipalidad de Sarajevo el alcalde leyó un discurso preparado de antemano —en el que ponderaba la lealtad de sus conciudadanos— y que, naturalmente, resultó absolutamente inadecuado para las circunstancias. La interrupción no se hizo esperar. *¡Basta ya! ¿Cómo es posible que venga aquí, en carácter de amable visita y se me reciba con bombas? ¿De qué clase de lealtad me está hablando?* Y acto seguido, Francisco Fernando ordenó que el cortejo se reanudara, yendo a visitar en el hospital a los heridos por el atentado, antes de dirigirse al museo. Para cubrir tal ruta los coches tenían que regresar por los muelles en vez de atravesar, como estaba previsto, la ciudad vieja. El visitante se acomodó, junto con su esposa, en el coche que a tal efecto les prestó el conde Harrach. Pero los chóferes desconocían el cambio efectuado en la ruta, por lo que los dos primeros se internaron en la ciudad vieja, siendo seguido por el del conde. *¡Alto! Os equivocáis de camino*, gritó Potiorek, jefe de seguridad local, desde su coche, situado en la ruta correcta. El chófer del conde Harrach se detuvo para retroceder hacia los muelles, y lo hizo justo enfrente de un café en el que se encontraba un joven, absorto en sus lúgubres pensamientos.

Atónito, Princip advirtió que tenía en sus narices a su objetivo perdido y, sin pensarlo dos veces, disparó sobre él. Uno de los disparos tocó al archiduque, el otro a su esposa, que murió al instante, sin llegar a oír las últimas palabras de Francisco Fernando: *Sofía, vive para nuestros hijos. No es nada.*

Ese fue el momento en que, explícitamente, se inició la primera guerra mundial, una guerra planeada desde la ineptia, la miopía y la política de baldaquino. Implícitamente ya había comenzado, y puede decirse que en los proyectos trazados por los beligerantes, las irregularidades en la ruta de Francisco Fernando constituyeron las únicas alteraciones. La diplomacia desencadenada en las jornadas posteriores al atentado no constituyó sino el balbuceo y la hipocresía de un ánimo culpable —si no del hecho mismo (cosa pueril), sí de un sistema de relaciones viciado—.

Todos los conjurados, excepto uno, fueron apresados. Cabrinovic, Princip y un tercero murieron de indigencia en la prisión. Los otros dos fueron liberados al concluir la guerra. Uno se hizo conservador del museo de Sarajevo; el otro, profesor de Historia en Belgrado. ■ EDUARDO CHAMORRO.